

*EN GINEBRA***Fallecimiento del Señor Jacques Chenevière,
vicepresidente honorario del CICR**

El señor Jacques Chenevière, fallecido el 22 de abril pasado, fue un hombre que dedicó, durante más de medio siglo, muy gran parte de sus energías a la obra de la Cruz Roja. Lo atestiguan algunas fechas:

Ya en septiembre de 1914, respondiendo al llamamiento de Gustave Ador, fundó, con la señora Frick-Cramer, la Agencia Internacional de prisioneros de guerra. En noviembre de 1919, fue nombrado miembro del CICR al que continuó prestando servicios no poco de su tiempo. En 1939, al estallar la segunda guerra mundial, se le confió, una vez más, la dirección de la Agencia Central renaciente; condujo la « puesta a punto » de los diversos servicios y, cuando se sabe que la Agencia hizo, desde el comienzo hasta el final de la contienda, cuarenta millones de fichas, y que transmitió veinticinco millones de mensajes civiles, se comprende por qué el señor Jacques Chenevière hubo de entregarse sin reservas a una labor abrumadora que requería su permanente presencia.

En la posguerra, prosiguió su colaboración con vigor infatigable, hasta diciembre de 1969, año en que fue nombrado miembro honorario. Para agradecerle tan constante fidelidad, el CICR le concedió, en 1949, su medalla de oro y, en 1959, le distinguió con el título de vicepresidente honorario, creado en cierto modo para él.

Resulta imposible enumerar los diferentes cargos que desempeñó en la institución, pues formó parte de todos los órganos de dirección fundados a lo largo de los años. Recordemos, por lo menos, que fue vicepresidente en varias ocasiones y que efectuó misiones importantes en distintos países. Evocó, en su libro « Retours et images » (« Retrospección e imágenes »), su viaje a Roma durante la guerra de Etiopía, en compañía del entonces presidente del CICR, señor Max Huber, y narró, de manera muy viva, su colaboración, de 1914 a 1918, en la Agencia.

Escribió también varios estudios sobre la obra de la Cruz Roja, aparecidos en diversas publicaciones, particularmente en la *Revista Internacional*.

Pero al cometido que más completamente se entregó y en el que mejor brillaron sus cualidades de organización y de imaginación, fue a la dirección, de 1939 a 1945, de la Agencia Central de prisioneros de guerra. ¿ De qué modo resumir el cúmulo de trabajo, de preocupaciones y de iniciativas que implicaba la responsabilidad de una empresa en perpetua creación, que había de adaptarse a necesidades tan urgentes como imprevistas ?

Esa tarea requería un conocimiento sagaz de los principios de la Cruz Roja, una valoración prudente de las posibilidades, pero también de los límites, de la acción humanitaria. Asociado durante tantos años a los trabajos del CICR, había adquirido, poco a poco, respecto de la institución y de su situación particular en la vida internacional, esa seguridad de discernimiento que le dictó, en 1945, las líneas que a continuación reproducimos y que son de actualidad:

« El CICR no tiene poder alguno, ni político ni material. Por consiguiente, no puede exigir a los Estados y a sus dirigentes la aplicación de tal o cual principio que considere esencial. Además, todo lo que en tiempo de guerra concede un beligerante a los intereses del adversario es con la idea de una reciprocidad de la cual piensa beneficiarse. Ningún país consiente de grado en mejorar la suerte que corren súbditos enemigos si su adversario no adopta una actitud idéntica, o por lo menos análoga. Eso es lo que hace indispensable, y casi único, el cometido de intermediario imparcial que tiene el Comité Internacional: respaldado por una tradición universalmente reconocida, puede negociar con los Gobiernos y, con la mayor frecuencia posible, convencerlos. Esa fuerza moral, representada por una bandera que, en menos de un siglo, todos los países del globo han enarbolado al lado de los respectivos colores nacionales, es nuestro principal poder. Jamás podemos recurrir a la coacción; la persuasión es nuestra única arma ».

* * *

No nos es posible evocar aquí sino de una manera imperfecta lo que fue la carrera de un hombre que dio a la Cruz Roja lo mejor de sus fuerzas, de su inteligencia y de su corazón. Reconociendo la valía y la eficacia de la colaboración que, durante tantos años, Jacques Chenevière en nada le regateó, el Comité Internacional guardará de él un recuerdo fiel y profundamente agradecido.